



Cuando se espera el asalto enemigo y cunden la tensión y la ansiedad, el cigarrillo resulta un buen amigo. Un amigo que acompaña y serena durante la marcha

EL CIGARRILLO, UN





o en el puesto avanzado, en plena selva vietnamita.

AMIGO

LA misteriosa selva siempre produce al hombre temor. Es un mundo no suyo. Un mundo extraño en el que lo vegetal, lo animal y lo geológico existen confundidos. Está poblado por otros seres: los grandes árboles, las altas hierbas, los tupidos arbustos, las lianas que forman verdes redes tensas o relajadas. Y las fieras acechantes entre sí. Y los insectos diminutos o gigantes. La selva se aprieta aquí y se abre allá, pero siempre reservada en su secreto. Hay evaporaciones, emanaciones y nieblas que el viento lleva de un lado para otro. Hay penetrantes perfumes de maderas y flores y el fuerte olor de lo que se pudre en charcas y pantanos. La selva está llena de susurros, de ruidos, de gritos breves y tajantes o largos y lastimeros. Bajo el fuego del sol o bajo la luna roja, la selva vive, se estremece, parece dormir o se agita. Nunca pierde su misterio y aparece como un temor, como un espeso miedo inacabable.

Pero, de pronto, la selva es asaltada por los hombres en guerra. Vietnam. La ferocidad de los combatientes hace replegarse y huir a las alimañas. Se combate entre árboles, entre el misterio de las altas hierbas que impiden la visión. Al temor de la selva se une el temor del ataque. Los guerrilleros acechan a los «marines». La selva se llena de tensiones, de miedos. El miedo vigilante del soldado y el guerrillero. El miedo que hay que dominar agazapado en el puesto avanzado o durante la marcha. Y entonces surgen los cigarrillos. Los cigarrillos que parecen apaciguar el miedo.

Fotos Don McCullin
(Copyright by Camera Press)

